

SINTOMA Y EFECTO PSICOSOMÁTICO

José Luis Serra Hurtado*

Desde el psicoanálisis la necesidad de hacer una diferencia entre síntoma y fenómeno psicossomático podríamos pensar que sigue esa regla que Aristóteles ve necesaria a todo "tekhnitès", la regla consiste en "saber por qué se hace aquello que se hace"; si pensamos que hay diferencia y mecanismos distintos en la irrupción y en la producción de síntoma y fenómeno psicossomático, entonces esa regla es pertinente, ya que la actuación, en este caso del analista, en la cura será distinta.

Esta regla que recomienda Aristóteles, no es fácil llevarla siempre a cabo; sin embargo, podemos decir que es intención-guía de la investigación en psicoanálisis. Investigación que, en lo referente al síntoma neurótico y sus mecanismos, está mucho más desarrollada que en lo concerniente al fenómeno psicossomático, del cual Freud nunca se ocupó, y las referencias que Lacan dio, a lo largo de su extensa enseñanza, son todavía objeto de estudio sobre el sentido.

Voy a plantear de forma quizás un poco resumida las líneas a desarrollar en este trabajo y luego intentaré explicarlas. Desde el saber del psicoanálisis el síntoma en la neurosis es la respuesta del sujeto a nivel del yo a la contradicción del saber del inconsciente, saber que contiene los términos del Complejo de Edipo. Mientras que el efecto, el fenómeno psicossomático podemos decir que es preedípico, y asubjetivo; es una respuesta desde el narcisismo que deja el cuerpo enfrentado a lo real y que se produce ante un desfallecimiento de la función que tiene el significante del "Nombre del Padre". Es un fenómeno que se da sin intervención del sujeto del inconsciente, ya que ése estaría "cortocircuitado".

Primero desarrollaré la cuestión del síntoma. Para ello he elegido un caso, el de la señorita Isabel de R., que se encuentra en los *Estudios sobre la Histeria*, y que es el primer caso de análisis completo que hizo Freud. Permite ejemplificar la dimensión simbólica del síntoma en la neurosis y de paso Freud nos anticipa Lacan, autor fundamental en psicoanálisis para pensar lo psicossomático.

Lo que Freud va a demostrar con este caso es que en la génesis de los síntomas histéricos está la utilización

de unas ideas de defensa que contra un grupo de representaciones intolerables el paciente establece, constituyendo estas representaciones un grupo separado de la conciencia; también nos muestra que la excitación psíquica, el afecto, asociada a estas representaciones, produce por conversión síntomas somáticos.

Si bien Freud, en un primer momento y como hipótesis de trabajo, plantea que la enfermedad de Isabel puede ser un padecimiento de naturaleza mixta, pronto reduce esta duda para afirmar que se trata de una "parálisis funcional simbólica".

Dos años antes de escribir los *Estudios*, y por encargo de Charcot, hizo una investigación comparativa entre las parálisis motrices orgánicas e histéricas y llegó a la conclusión de que en todos los casos de "parálisis neuróticas se comprueba que el órgano paralizado o la función abolida se halla en una asociación inconsciente provista de un gran valor afectivo...", "si la concepción del brazo, dice, ha entrado en una asociación de mucho valor afectivo, será inaccesible al libre juego de las demás asociaciones"; es por ello que "las parálisis histéricas, a diferencia de las orgánicas, se comportan como si la anatomía no existiese o como si se ignorara completamente".

De lo que se trata entonces es de ver qué asociación inconsciente de gran valor afectivo está enlazada, en este caso de Isabel, a la función de andar, cuyo órgano son las piernas. Ya que la paciente cuando llega a la consulta de Freud lleva prácticamente dos años y medio postrada por unos dolores en las extremidades inferiores, que tienen su localización más precisa en la parte anterior del muslo derecho.

Haré un resumen del caso introduciendo algún comentario. Isabel es la menor de tres hermanas y para su padre el hijo que no ha tenido, "hijo-amigo" con el que a menudo establece un intercambio de ideas. Atrevida y discutidora, el padre le augura poco futuro como mujer. La madre sufre un padecimiento depresivo que roza, por lo menos así lo parece en el texto, la cronicidad.

Un día al padre de Isabel, que tiene una predisposición cardíaca, lo traen enfermo a casa; ella lo recibe "en pie" y al verlo entrar queda clavada en el suelo. Poco antes de que el padre muera, después de una larga enfermedad a la que su hija se ha dedicado en cuerpo y alma, ella también guardará unos días reposo en cama, por una dolencia en los pies de tipo reumático.

A este primer síntoma de Isabel, Freud no llega a encontrarle una cau-

* Club de Espacios Psicoanalíticos de Alicante.

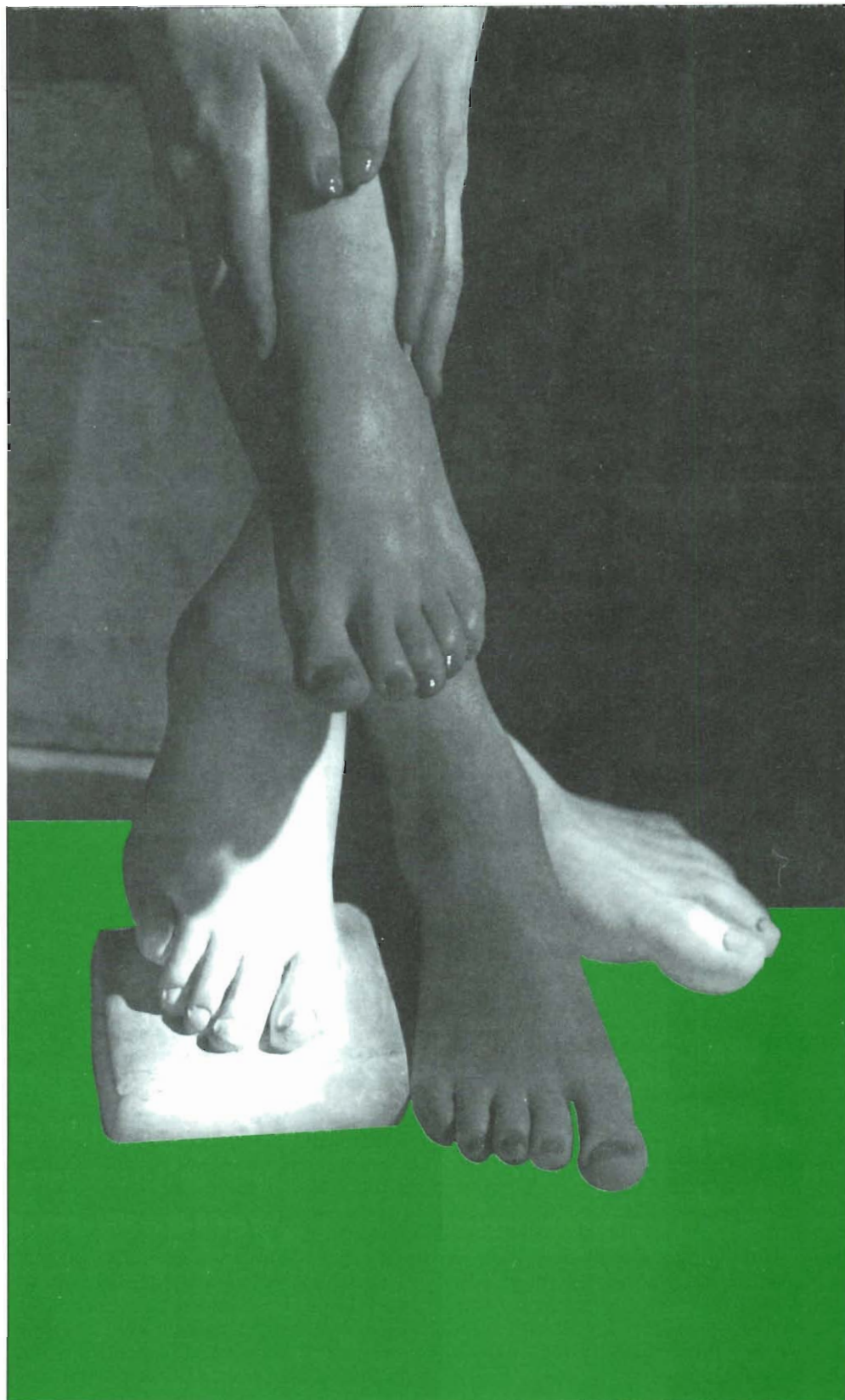
salidad psíquica; sin embargo, sí dirá de él que es "modelo de la ulterior imitación histérica". Me parece útil recordar que este escrito data de 1895, momento donde la teoría del Complejo de Edipo, si bien intuitiva, no está formulada.

Será dos años más tarde, 1897, y en la transferencia epistolar que mantiene con Flies, que encontramos los primeros apuntes: "También en mí, dice, comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia..., el mito griego retoma una compulsión del destino que todos respetamos porque percibimos su existencia en nosotros mismos".

Retomando el caso, la muerte del padre deja un vacío cuyo resultado es por un lado el agravamiento de la enfermedad de la madre, y en Isabel se despierta un vivo deseo de que los suyos vuelvan a hallar la felicidad perdida. Sin embargo, el casamiento de la hermana mayor, que Isabel no ve con buenos ojos, es un primer impedimento a la realización de este ideal. Al poco, la otra hermana también se casa, y la sensibilidad de este segundo cuñado le renueva esperanzas olvidadas, pero el nacimiento del primer hijo de este matrimonio coincide con la necesaria operación quirúrgica de una dolencia antigua de la madre y esto vuelve a dramatizar la situación.

Por fin, y cuando, ya pasado todo, se va la familia a descansar a un balneario, Isabel se pone enferma con dolores en las piernas y dificultad para andar. En este tiempo la hermana queda otra vez encinta, pero el embarazo es complicado y obliga a la pareja a trasladarse del balneario a la ciudad. Al poco avisan a Isabel que su hermana está grave y entre temores premonitorios y fuertes dolores hace el trayecto en tren; al llegar es tarde, y allí, "en pie", ve yacer a su hermana. Después de este suceso los dolores se extienden a cualquier posición, de pie, sentada o tumbada.

Dos años después irá a ver a Freud que al principio recomienda un tratamiento mixto, pero pronto le parece que la paciente sabe las razones de su enfermedad y que, más que un cuerpo extraño en su conciencia, lo que anida es un secreto. Así, después de unas cuantas entrevistas, le pregunta por la primera impresión psíquica enlazada al dolor, e Isabel le habla del sentimiento de reproche tan intenso que se hizo el día que -estando su padre enfermo- salió con un chico de su preferencia y al volver a casa su padre había empeorado. Freud ve ahí la fuente de un conflicto psíquico entre los deberes filiales y los impulsos eróticos, el deseo.



El análisis comenzado, una vez superadas las primeras resistencias, hace que la transferencia funcione y que Isabel, un día en sesión, le diga que ya sabe por qué es, que en esa parte anterior del muslo se focaliza el dolor: es ahí, en esa parte ahora doliente donde el padre apoyaba su pie cuando ella cuidadosamente le cambiaba los vendajes de las piernas. Freud ve en esta conexión la génesis de una zona histerógena artificial, es decir, el lugar donde se ha producido

la inervación somática; una metáfora erótica.

Estos descubrimientos conseguirán una mejoría calificada de "derivación por reacción" y que también podemos decir hoy debidos a la subjetivación del deseo que se produce en la labor analítica. Isabel comienza a andar un poco.

La aparición de los dolores en lo sucesivo, Freud se dará cuenta que están asociados a estados del mismo

día, pero que tienen conexiones preteritas. Se interesa entonces, más concretamente, por las condiciones del porqué el complejo de síntomas de la abasia –cansancio muscular– está localizado en las piernas.

Es desde este momento que podemos ver en el texto cómo se despliega en análisis esa contradicción del saber del inconsciente que al principio les decía y que se plasma en el síntoma.

Aparecen dos series de asociaciones que tienen en común el dolor en las piernas: una, en la que Isabel “en pie” recibe el anuncio y la muerte del padre y de la hermana; otra, dos paseos por el monte, en uno invitó a su cuñado y a la vuelta del mismo se encontró –por primera vez– fatigada y dolorida; el otro, al poco de marchar con su hermana del balneario y donde sola por el monte sintió ardientes deseos de ser feliz como ella, “de la meditación matinal, dice Freud, regresó con un fuerte dolor” y después de un baño aparecieron permanentemente.

Lo que a Freud le da la convicción del síntoma como expresión simbólica es un detalle: que la paciente cierra el relato de toda una serie de sucesos con el lamento de la frase “lo sola que estaba” y cae en la cuenta que “Stehen” en alemán significa tanto “estar” como “estar en pie”. En este punto Freud nos enseña Lacan.

Me parece que no es exagerado ver en “Stehen” lo que en Lacan es un S2, significante que, como síntoma en el discurso, expresa la contradicción del saber del inconsciente. Si nosotros tomamos ese equívoco significativo y digo equívoco por la duplicidad de sentido que se puede extraer de él, vemos que las dos series de significaciones que este significante agrupa están enfrentadas entre sí, a saber: “estar sola” nos habla de su queja, su falta de amor, su deseo; “estar en pie”, de la culpa del deseo, y de la prohibición del mismo. En el síntoma neurótico se da la contradicción; “Stehen”, por tanto, es síntoma en el discurso y equivalencia a lo que el dolor es al cuerpo.

Es posible que con la aparición de este significante Lacan hubiera hecho una escansión en el discurso e interrumpido la sesión. Freud espera un poco más y es en otra serie, aquella de las quejas, referidas por la paciente, a sus fracasadas tentativas de reconstruir la antigua felicidad familiar, que escucha algo que le parece expresión simbólica de sus pensamientos dolorosos. La paciente le dice: “no lograba avanzar un solo paso”; y Freud escribe: “...su perturbación funcional había hallado en el cansancio doloroso una expresión

somática de su impotencia para modificar las circunstancias; y no lograr avanzar un paso en sus propósitos o carecer de todo apoyo constituía el puente de un nuevo acto de conversión”.

Con las series desplegadas y por un suceso ocurrido en transferencia, ése donde Isabel cree escuchar la voz de su cuñado en la sala de espera, Freud decide interpretar la verdad del conflicto, a saber: la tierna inclinación por el marido de su hermana y la rebelión de toda su moral contra estos sentimientos. La interpretación producirá, primero, la más violenta negación por parte de la paciente, luego la desaparición del síntoma.

Como podemos comprobar en este caso, el síntoma en el cuerpo viene al lugar de un no querer saber sobre aquello que la divide; entonces lo que la divide y la castración –la falta– serían equivalentes. En el momento en que el deseo inconsciente, aquello que quedó expulsado por ser molesto al yo, se presenta, empuja por salir, aparece el síntoma. En el fondo todo síntoma en sentido analítico intenta responder a la contradicción que hay en la estructura de la ley, a saber: el goce y su prohibición.

Si acuden al texto de Freud podrán comprobar también que es ilustrativo para constatar cómo el recuerdo, lo que hasta ese momento ha sido reprimido, surge como efecto de la interpretación del deseo. En *apres coup* Isabel resignifica el sentido de su historia, confirmando el amor hacia su cuñado del que Freud dice que su estado era antes de la interpretación “el conocerlo e ignorarlo al mismo tiempo”.

La formación del inconsciente es el resultado de la radical división que se establece para el ser hablante entre el bien, los ideales y su deseo, como queda de manifiesto en este caso. Pero también aquí podemos ver, a poco que avancemos en la teoría, que el conflicto que Isabel tiene con su cuñado es de naturaleza edípica por lo prohibido del mismo, y ese amor conocido e ignorado en su dimensión de deseo sexual es al tiempo, en origen, lo mismo que ocurre en la entrada del Edipo. Ya que ante la presencia del padre el *infans* se encontrará con la necesidad de reprimir las consecuencias sexuales del amor.

Así, Freud, al hablar de lo traumático, deja claro que es la aparición del deseo y las representaciones asociadas a él, que primero fugazmente se manifiestan y luego quedan reprimidas. En términos lacanianos primero aparece el deseo en el campo del Otro, y con el Otro S1, y luego desaparece S2 por efecto de la represión. Y es entre uno y otro significante que

el sujeto del inconsciente aparece como efecto de sentido.

La entrada en la neurosis, que inaugura el complejo de Edipo, no es otra cosa que el encuentro con el padre a nivel de significante, es decir, el que instaura una prohibición de satisfacción sin límite con la madre, pero también el encuentro con aquel que tiene la potencia sexual y que llama al deseo.

Hasta aquí el planteamiento de lo que se refiere al síntoma como expresión simbólica de la contradicción del saber del inconsciente.

Lacan, en unas de sus referencias al fenómeno psicossomático, introduce el tema desde la experiencia de Pavlov y el perro, e indica cómo, desde el desco del experimentador, se puede introducir un significante –el pito– que haciendo equívoco en el orden de las necesidades del animal produzca una afección orgánica. Es evidente que el animal no conoce las razones de la curiosidad científica, ni por otro lado puede dar un significado cualquiera que vendría a poner cierta distancia entre su organismo y el deseo de ese que investiga, evitando así que fuera un órgano el que responde de esa inducción significativa, de esa llamada desde el significante.

A partir de este ejemplo podemos ver cómo es desde lo real biológico, aquí un animal doméstico, que se responde al Otro del significante, en este caso el deseo del investigador.

Para poder entender el fenómeno psicossomático en el ser humano es necesario hacer, aunque sea brevemente, unos comentarios de cómo se constituye el narcisismo primario y en qué lugar encuentra su defecto.

En términos generales diremos que uno, al nacer, cae literalmente en un mundo de símbolos. En el discurso de los padres el niño, la niña, es nombrado y, por tanto, ocupa un lugar en sus fantasías. En el momento en que nace, ahora incluso antes, realiza o no las expectativas de género sexual que los padres tuvieran sobre él. El niño es, por tanto, objeto, ya antes de nacer, de un deseo que vendrá o no a realizarse en el fantasma parental. Este primer encuentro del niño con el otro que lo espera es de la mayor importancia para la constitución del narcisismo.

Lo simbólico, a pesar de lo que se pueda creer, no es un conjunto cerrado de significaciones, sino un conjunto abierto al sentido que cada cual le dé a las palabras que utilice. Así, por ejemplo, Tarifa puede significar cosas distintas para cada uno de nosotros.

El primer representante para el niño de ese conjunto abierto de lo

simbólico es la madre. Madre que por lo general le mira y le habla y así le proporciona un asidero con el que calmar el tormento de prematuración biológica con el que llegó a este mundo.

Muy pronto el niño llegará a creer que la única tarifa a pagar por tan caríñosos y amables cuidados es su cuerpo. Así la necesidad básica de amor en el *infans*, unido a la libidinización que de su cuerpo hace la madre, encuentran la fuerza necesaria para ese empuje interno, que Lacan dice, va de la insuficiencia biológica a la anticipación imaginaria y que le proporciona una imagen de su cuerpo como totalidad, como *gestalt* unificada.

El "Estadio del Espejo", momento estructurante en la cría del ser humano, hay que comprenderlo "como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una "imagen", imagen que es la suya y que reconoce, a través de la mirada de la madre, en el semejante. Mirada de amor o simplemente mirada.

Es en ese momento del "Estadio del Espejo" donde encuentra su localización el narcisismo primario y albergue el yo ideal, tronco de las identificaciones secundarias. La constitución del narcisismo da una consistencia imaginaria a lo real, biológico, y donde el cuerpo, desde ese momento, ya no será más un organismo. Quizás ahora entendamos mejor lo que Freud adelantaba en su *Estudio sobre las Parálisis*, cuando nos decía que las parálisis histéricas son fruto de la alteración de la idea, de la alteración de la representación.

Es entre los seis y dieciocho meses que ocurre esta constitución del yo como imagen unificada y que viene generalmente asociada a una explosión de júbilo en el niño, radiante expresión que también podemos ver en la cara de los enamorados, y que nos anuncia, como digo, la formación o el asentamiento del narcisismo. Esta expresión gozosa es la que mantiene al niño, en una certeza imaginaria, de que lo es todo para el Otro. Momento, pues, necesario y alienante por excelencia.

Así este tiempo sienta las bases de la entrada en la estructura de lo simbólico y lo hace de una forma espectacular, imaginaria, donde el niño cree que es todo lo que le falta a la madre; sensación de plenitud, júbilo en el rostro, el niño cree que es eso que colma al Otro, el falo. Falo es una palabra, significante puro, ya que puede significar cualquier cosa; es una palabra que viene a representar la falta de significante; es aquello que taparía el vacío en el Otro, aquello que lograría cerrar el conjunto abierto de lo simbólico. Pues bien, el niño

viene a ocupar con su cuerpo imaginariamente el vacío de la madre, logra por un momento hacer conjunto cerrado lo que indefectiblemente es abierto.

Me parece que no hay dificultad para ver que en la constitución del narcisismo las vicisitudes del deseo de la madre tienen un lugar preponderante, ya que es en ese lugar de deseo en el Otro que el niño encuentra o no abrigo.

En la mayoría de los casos muy pronto el niño se dará cuenta que su cuerpo no es tarifa suficiente que completa al Otro; y más bien que Tarifa es lugar por donde entraron los moros en su conquista, y por mucho que él se esfuerce en ser Guzmán el Bueno intentando defender sus posesiones, la madre desea más allá de él. Es en esta abertura deseo del Otro –del deseo de la madre– que va a aparecer lo que Lacan llama el "Significante del Nombre del Padre", lugar regulador de la significación por excelencia, metáfora del deseo de la madre, significante unario con el que el niño establecerá la dialéctica de las identificaciones secundarias.

Ustedes se darán cuenta que en esta historia Guzmán el Bueno es ese personaje que, a petición de la madre y con el consentimiento del niño, él se inventa de sí mismo, para con ello, de alguna manera, sólo de alguna manera, poner cierta distancia con la frustración que a nivel del cuerpo produce lo simbólico.

Lo imaginario y todo lo que alberga su campo, el pensamiento, el cuerpo están orientados a no saber de la falta en el Otro. Falta que, aunque en dialéctica con el significante es motor del deseo, representa en última instancia el enigma de la existencia. Y así, la pregunta: ¿Qué soy yo para el Otro?, ¿qué quiere el Otro de mí?, no tendrá respuesta, finalmente, más que en lo imaginario.

Todo saber filosófico científico, incluso el del inconsciente, ha sido creado, es creado para dar respuesta a esta pregunta que no la tiene. Edipo marca su destino al encuentro de una respuesta que será trágica, pero no por hallada queda libre del enigma que lo empuja.

Para la existencia del ser humano es tal la necesidad de amor que encontrarse ante el vacío de su falta puede llegar a afectar el cuerpo en lo real, lo puede llegar a lesionar e incluso matar. El fenómeno psicossomático es una respuesta desde el cuerpo a ese vacío radical que se encuentra en el centro del Otro y, por tanto, de uno mismo. El fenómeno psicossomático es una retroversión de la pulsión mortal sobre el propio cuerpo. Es un investimento de la

libido de objeto sobre el propio yo, sobre un órgano del cuerpo cuando en el campo del Otro no hay sitio para el sujeto.

En este sentido la relación entre psicossomático y el Otro primordial, la madre –en su dimensión de faltante– nos puede dar una guía al por qué decía al principio que se presenta, lo psicossomático, como presencia ante un desfallecimiento del significante del "Nombre del Padre".

Antes he unido la necesidad de amor en el niño a la falicización que la madre hace de su cuerpo; pues bien, ese primer investimento la madre lo establece según su propia posición de sujeto deseante. Causa del Otro materno, que tendrá sus efectos primeramente a nivel del narcisismo y que hará enigma en el niño. Cuando las identificaciones imaginarias que nos dan respuesta a ese enigma caen y no hay posibilidad de simbolizar de alguna manera ese vacío que se abre, podemos pensar que aparece el fenómeno psicossomático en sus diversas intensidades.

Es como si en el Otro sólo tuviéramos una plaza de parking a ocupar, y si no aparcamos ahí nos pinchamos una rueda. No es que se nos olvide las llaves en casa, que siempre podríamos pensar que hay algo en ese olvido; no es que nos pinchamos una rueda y no nos hemos visto hacerlo.

Me inclino a pensar que el efecto psicossomático, es decir, la respuesta directa del cuerpo es el resultado de perder el sitio en el Otro, de no encontrarlo momentáneamente y no tener vías de simbolización que restablezcan la dinámica significante.

En el fenómeno psicossomático, el proceso de alienación-separación con respecto al Otro, la madre no se ha cumplido de manera, digamos, acorde, y eso, entre otras cosas, se debe a que en el deseo de ese Otro las expectativas que se tienen con respecto al hijo no se cumplen y, por tanto, eso queda como elemento extraño en el estadio del espejo, y ello tendrá su consecuencia en el narcisismo. Me parece que se puede entender así lo que Lacan plantea en algún momento sobre lo psicossomático como "trazos inscritos presignificantes". No llega a ser paradójica la frase, pero es curiosa, ya que el trazo es simbólico y no es significante.

Podemos pensar que el síntoma neurótico se libera, se desplaza en el juego equívoco de la combinatoria significante, mientras que el fenómeno psicossomático se estabiliza no tanto en el campo de la consistencia narcisística que posibilita el registro imaginario, sino por la simbolización del lugar que como sujeto se tuvo y se tiene en relación al Otro.